

HOMILIA ENCUENTRO PENDONES

Quintanapalla 20-VI-2026

Nos hemos reunido hoy en Quintanapalla para celebrar esta Eucaristía en el marco del IV Encuentro de Pendones Concejiles. A nuestro alrededor contemplamos enseñas llegadas de numerosos pueblos de la provincia de Burgos. Cada una tiene su historia, su identidad y sus recuerdos. Detrás de cada pendón hay generaciones de hombres y mujeres que trabajaron estas tierras, levantaron sus casas, celebraron sus fiestas, afrontaron dificultades y transmitieron a sus hijos el amor a su pueblo y la fe recibida de sus mayores.

Al contemplar hoy tantos pendones reunidos, no puedo evitar sentir una emoción especial. Entre los pueblos aquí representados hay algunos en los que hace unos años serví como párroco, otros a los que actualmente acompaño, y también está presente el pueblo de mis padres y de mis abuelos. Por eso, para mí esta

celebración no es simplemente un acto más. En estos pendones veo reflejados rostros concretos, familias, recuerdos y muchas historias compartidas.

Y quizá precisamente por eso este encuentro nos ayuda a comprender mejor el Evangelio que acabamos de escuchar. A primera vista, la Visitación parece un encuentro sencillo entre dos familiares. María visita a Isabel. Pero en realidad estamos ante algo mucho más profundo.

En aquella casa de la montaña se encuentran dos mujeres, dos generaciones y dos momentos de la historia de la salvación. Isabel representa una larga historia de espera, de fidelidad y de confianza en las promesas de Dios. María representa la novedad que Dios está realizando en el mundo. Y cuando ambas se encuentran, no hay enfrentamiento entre lo antiguo y lo nuevo. Al contrario: el pasado da fruto en el presente y se abre al futuro.

Quizá también nosotros podríamos preguntarnos hoy: ¿qué es lo que hace que un pueblo permanezca a lo largo del tiempo? No son solamente las casas. No son solamente las tierras. Tampoco los pendones, por valiosos y queridos que sean. Un pueblo permanece cuando recibe una herencia y es capaz de transmitirla. Por eso me parece especialmente hermoso que en este encuentro participen también pendones infantiles. Es una imagen llena de significado. Junto a quienes han portado estas enseñas durante años aparecen ahora niños y jóvenes dispuestos a continuar una tradición recibida de sus mayores. Porque una tradición verdadera no consiste en conservar cenizas, sino en transmitir el fuego.

Y eso es precisamente lo que vemos en María. Ella ha recibido un don inmenso de Dios y no se lo guarda para sí misma. Se pone en camino para compartirlo. Va al encuentro de Isabel llevando en su seno a Jesús. María recibe y transmite. Acoge y entrega. Lleva a los

demás aquello que ella misma ha recibido de Dios. Y aquí encontramos una enseñanza importante para nuestros pueblos.

Con razón nos esforzamos por conservar nuestras tradiciones, nuestras fiestas, nuestras costumbres y nuestros símbolos. Todo eso forma parte de nuestra identidad y merece ser cuidado. Pero la pregunta decisiva es otra: ¿qué queremos dejar a quienes vendrán después de nosotros? No basta con transmitir un pendón si olvidamos aquello por lo que ese pendón fue llevado durante siglos.

Nuestros mayores nos legaron mucho más que unos símbolos. Nos transmitieron una manera de vivir. Nos enseñaron el valor de la palabra dada, la ayuda entre vecinos, el trabajo compartido, la solidaridad en los momentos difíciles, el respeto a los mayores y la confianza en Dios.

Yo mismo he podido comprobarlo en los distintos pueblos en los que he sido párroco. Muchas de las cosas más importantes no se aprenden en los libros. Se aprenden viendo a los padres y a los abuelos, acompañándolos en las fiestas, en las procesiones, en la iglesia o en la vida cotidiana. Ninguna generación empieza de cero. Todos somos herederos de quienes nos precedieron.

Por eso los pendones que hoy contemplamos no son simples objetos antiguos ni piezas de museo. Son signos de una historia viva. Han acompañado fiestas y romerías, alegrías y sufrimientos, celebraciones y rogativas.

Han estado presentes en la vida real de nuestros pueblos y siguen recordándonos que formamos parte de una historia que comenzó mucho antes de nosotros y que continuará después.

María nos muestra cómo mantener viva esa herencia. Ella no transmite una costumbre ni un recuerdo. Transmite una presencia: la presencia de Cristo. Gracias a ella, la casa de Isabel se llena de alegría. Gracias a ella, Juan salta de gozo en el seno de su madre. Gracias a ella, la bendición de Dios llega a quienes la rodean.

También nuestros pueblos tendrán futuro si somos capaces de hacer lo mismo. Si sabemos transmitir no sólo unas tradiciones, sino también los valores y la fe que les dieron sentido. Si somos capaces de entregar a las nuevas generaciones algo más que recuerdos: una esperanza para vivir.

Pidamos hoy a la Virgen María que cuide de nuestros pueblos, de nuestras familias y de nuestras tradiciones. Demos gracias a Dios por nuestros antepasados, tantos hombres y mujeres sencillos que nos enseñaron a querer nuestra tierra y a vivir la fe.

Y pidámosle también que nosotros sepamos ser buenos eslabones de esa cadena. Que recibamos con gratitud la herencia que hemos recibido y la transmitamos enriquecida a quienes vendrán después.

Porque la mejor herencia que podemos dejar no es otra que la que María llevó a casa de Isabel: Jesucristo, fuente de toda esperanza y fundamento firme para el futuro de nuestros pueblos.